

DENTRO de lo que hemos convenido en denominar «Geografía de la Caña»¹, hemos de referirnos a la barraca como ejemplo más representativo de la arquitectura tradicional y popular de la Huerta de Murcia, arquitectura efímera por lo deleznable de sus elementos, que hoy sólo puede contemplarse en reproducciones ocasionales, fabricadas con mejor o peor acierto, en determinadas fechas festivas urbanas, o en reproducciones permanentes en museos como el de «Artes y Costumbres Populares de Alcantarilla, conocido popularmente por su primitiva nomenclatura: «Museo de la Huerta». Sin embargo, no nos referiremos a los elementos estructurales, espaciales u ornamentales de la Barraca Murciana en términos generales², sino a un elemento concreto que forma parte, entre otros muchos, de los que podríamos llamar la forma de ser del hombre que la habita.

El huertano ha practicado a lo largo de los siglos ese aspecto de la religión Católica que hoy se denomina «religiosidad popular», en que se engloban una larga serie de creencias y prácticas heredadas de padres a hijos, en un código deontológico consuetudinario parecido a una religión apócrifa, que aporta datos de

verdadera importancia para la elaboración, algún día, de un estudio serio y sistemático de la «Moral Católica en la Huerta y sus manifestaciones externas».

Entre las devociones principales del huertano hay que mencionar la que, desde el S. XVI tuvo por la imagen de la CRUZ DE CARAVACA. El Concilio de Trento había aconsejado la veneración y culto a la Cruz de Cristo, que rápidamente se extendió por todo el Orbe Cristiano. La más famosa y cercana reliquia de la Vera Cruz que había en territorio murciano se veneraba, como aún hoy se sigue haciendo, en Caravaca, con gran halo de «milagrosa», invocada secularmente contra los elementos naturales y, sobre todo, contra tormentas y huracanes que destruían, no sólo las cosechas, sino la débil estructura de la barraca, fabricada a base de atobas de barro y cañas fundamentalmente, sin apenas cimentación subterránea.

LA VERA CRUZ EN LA FACHADA DE LA BARRACA

El huertano de Valencia y Murcia, remataba la construcción de la barraca situando una cruz de madera en el vértice superior de la fachada pentagonal de la misma, justo donde descansa la lomera sobre el ápice de aquélla. A diferencia de la valenciana, la murciana emplea su propia cruz, es decir: la de Caravaca, que campea en la esquemática silueta de alzado de esta arquitectura, protegiendo a quienes se reúnen bajo el mismo techo, de las asechanzas naturales tan temidas en un medio geográfico cuyos efectos son devastadores por la debilidad del mate-

1 Que vendría a configurar el espacio inmediatamente marginal del río Segura, en sus cuencas media y baja, incluyendo el de sus afluentes que surcan esas mismas tierras.

2 Ello ya lo hicieron, entre otros, CARO BAROJA, Julio: *Los pueblos de España*. Madrid, 1975; JORGE ARAGONESES, Manuel: «La casa, el mueble y los enseres domésticos huertanos». En *El libro de la huerta*. Murcia, 1973; BALLESTER NAVARRO, Mariano: «Arquitectura: viviendas típicas de la región de Murcia». En *Artes y Costumbres populares de la Región de Murcia*. Murcia, 1983.

rial empleado, como ya se ha dicho.

Hay quienes defienden, con razón, que no siempre era la Cruz de Caravaca la que ocupaba este espacio, basándose en la ausencia de la misma (y de la cruz en general), en los últimos ejemplares de barracas que se pudieron contemplar, e incluso fotografiar, en la amplia geografía huertana de Murcia. Sin embargo, como réplica a esa teoría es preciso afirmar que, por el lugar que ocupa la misma en la barraca y su exposición a los cuatro vientos, además de carecer de una base firme de asiento, es lógico pensar que fuera un elemento frecuentemente reconstruido por culpa de esos mismos elementos naturales de los que el huertano pretendía protegerse con ella. De ahí que esos últimos testigos, fotografiados en fase de ruina, careciesen de ese objeto desde hacía tiempo, como también carecían de otros más a resguardo de vientos, lluvias y granizos. Por otra parte, los pocos grabados antiguos que se conocen relativos a la Huerta, exhiben la Cruz de Caravaca en el lugar indicado, como la litografía esculpida por Juan de la Cruz Cano y Homedilla (sobre un dibujo del pintor murciano del S. XVIII José Muñoz y Frías que se incluyó en la «Colección de Trajes de España»)³, que al decir del académico Francisco Candel «es uno de los primeros testimonios gráficos del traje típico y del medio huertano de Murcia a finales del Barroco», el cual ilustra el presente trabajo. Así mismo, la investigación científica relacionada con la construcción de este inmueble murciano, y de su mobiliario y ornamentación, se refiere a la pre-

sencia de la Cruz de Caravaca ocupando este lugar privilegiado de la fachada⁴, en una manifestación entre ornamental y alegórica.

No hay que olvidar que este mismo espacio que en la barraca murciana ocupa el citado símbolo cristiano, también es ocupado por la misma Cruz Caravaqueña en iglesias y catedrales de América, posiblemente por las mismas razones de protección contra los efectos devastadores de relámpagos, tormentas y huracanes que con tan relativa frecuencia afectan a las tierras de la América Hispana. Desde el norte de Méjico a la Tierra del Fuego, en la Patagonia argentina, catedrales como las de Caracas (en Venezuela) o Juli (Perú), e iglesias como las de Tlascalancingo (en Puebla); Charo, Morelia y Tuxpán (en Michoacán), todas en Méjico, e iglesias sin cuento en Guatemala y Brasil, ostentan como remate del frontón triangular que corona sus portadas, la imagen de cuatro brazos de la Vera Cruz de Caravaca, desde que en los siglos XVI, XVII y XVIII los misioneros franciscanos y jesuitas prodigaron allende los mares de su iconografía y devoción, que muy pronto arraigó entre las comunidades indígenas.

LA CRUZ ENTRE LAS DEVOCIONES Y ORNATO INTERIOR

De puertas adentro, el huertano de Murcia colgaba en los débiles muros de su vivienda las imágenes de los santos de su devoción, en lo que podríamos consi-

³ El título completo es *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprende todos los de sus dominios*. Madrid, 1777.

⁴ JORGE ARAGONESES, Manuel: «La casa y el mueble murcianos». En *El libro de la Huerta*. Murcia, 1973, pág. 39.

derar un remedo de los dioses lares romanos. De las paredes pendían estampas, más o menos afortunadas, de la Virgen de la Fuensanta, patrona de la capital y de la huerta (invocada en muchos momentos de la vida cotidiana y, sobre todo, para pedir el agua que vivifica la tierra de la que depende la precaria economía del hombre, y que a veces tanto se hace esperar). San Antonio (invocado por mocitas casaderas y en momentos en que falla la memoria o se pierden las cosas). San Cayetano y Sta. Rita (abogados de lo imposible), y algún que otro santo protector de las cosechas, de los gusanos de la seda o de los partos. Nunca faltaba de este ramillete de devociones domésticas la imagen de doble brazo de la Cruz de Caravaca, adquirida a los limosneros caravaqueños que, durante todo el S. XVIII, surcaron la rosa de los vientos de las tierras de España demandando limosnas para la erección del Santuario de la Vera Cruz. Su singular iconografía patriarcal, con cuatro brazos y dos angelitos tenentes adosados, la hizo apetecible, como en los tiempos modernos, siendo raro el hogar donde faltaba esta pieza religiosa.

La Cruz de Caravaca, además, por la creencia de su especial poder sobre natural contra los desastres ocasionados por los elementos naturales, cuando éstos son imposibles de dominar, era utilizada por el huertano cuando rugía la tormenta como talismán contra la misma. Indefectiblemente cambiaba su emplazamiento desde el lugar habitual donde se disponía (sobre la mesilla de noche generalmente), colgándose en la puerta de acceso, o en la fachada. Entonces, según una tradicional y común versión: «se abría», con lo que la familia quedaba protegida de posibles calamidades ocasionadas por la tempestad.



Huertana de Murcia. A la derecha barraca rematada con la Cruz de Caravaca.

Lo de «abrirse» la Cruz es de difícil comprensión si no se conocen las características de la pieza a que nos estamos refiriendo. El material de la misma era latón de fundición, procedente de las fábricas de San Juan de Alcaraz, en Riopar (Albacete), y su hechura a base de dos láminas contrapuestas perforadas, unidas por remaches del mismo material, por cuyos orificios se podía ver un paño, rojo o verde, dispuesto entre las dos láminas mencionadas. Interiormente se disponía un trozo de piel de buey asido a una y otra lámina, que servía, con los remaches, para sujetar las dos partes de la pieza. Esta piel, especialmente sensible a los cambios climáticos cuando está curtida, se contrae con fuerza y con rapidez por efec-

to de la humedad, y se dilata en ambientes secos. No es extraño, pues, que una aleación metálica de tan débil complexión cediera uno o dos milímetros al «tirón» del trozo de piel contraída, con lo cual, efectivamente, una lámina se separaba de la otra, volviendo a su situación original cuando desaparecía la humedad provocada por la lluvia.

La ingenua creencia en la «apertura» de la Cruz de Caravaca durante la tormenta la hemos comprobado personalmente en varias regiones españolas, atribuyéndose a efectos sobrenaturales. La anécdota era repetida continuamente por los limosneros que la distribuyeron, como antes dijimos, y en todas partes donde se conservan piezas de esta naturaleza se conoce el hecho de su apertura, la cual procede de una vieja tradición recogida por los historiadores antiguos de Caravaca⁵, según la cual, la Reliquia, que tradicionalmente se admite apareció en la ciudad, traída por ángeles, en el primer tercio del S. XIII, y que era un trozo de la verdadera Cruz de Cristo arrebatada por ellos mismos al patriarca Roberto, de Jerusalem, quien la conservaba como pectoral, nunca tenía las mismas dimensiones, dándose el caso frecuente de quebrantarse el estuche de oro en que se conservaba cuando la sagrada madera se dilataba en exceso; lo cual, por otra parte, era considerado como síntoma de amenazas de riesgo de diversa naturaleza para el pueblo de Caravaca.

La presencia del emblema referido, tanto en el exterior, como en el interior de la barraca murciana, pervivió en el tiempo desde el S. XVI hasta que este tipo de arquitectura languideció y desapareció de la superficie de la Huerta. No por ello, sin embargo, se desvaneció la devoción a la Reliquia, cuyas imágenes de latón se conservan hoy entre los objetos que comportan la decoración interior de los domicilios donde habitan quienes descienden de aquéllos que la utilizaron en la barraca para ahuyentar maleficios de su vida y entorno física inmediato. Y es que la Vera Cruz de Caravaca también estuvo presente en la ciudad, como titular de la bien nutrida cofradía de los panaderos, que tuvo su sede, hasta la Desamortización de 1835, en la parroquia de Sta. Eulalia; y como tema central del programa didáctico-decorativo de la Fachada del Perdón de la Catedral, donde aún campea desde que en el S. XVIII la Iglesia de Cartagena la consideró «Blasón Grande deste reino», como reza el documento de encargo, por parte del Cabildo Catedralicio, al arquitecto Jaime Bort Miliá que dirigió la monumental obra, orgullo del Barroco Murciano.

José Antonio

Melgares Guerrero

*Académico C. de las Reales Academias
de La Historia y de Alfonso X el Sabio*

⁵ ROBLES CORBALÁN, Juan de: *Historia del milagroso aparecimiento de la Santísima Cruz de Caravaca*. Madrid, 1615; y CUENCA FERNÁNDEZ PIÑERO, Martín de: *Historia Sagrada de la Stma. Cruz de Caravaca*. Madrid, 1722.